

Jean-Paul Dubois

El origen de
las lagrimas



AdN

Jean-Paul Dubois

El origen de las lágrimas

Traducido del francés
por Elia Maqueda López

AdN

Título original: *L'origine des larmes*

Primera edición: mayo 2025

Diseño de colección: Summa Branding

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Editions de l'Olivier, 2024

© de la traducción: Elia Maqueda López, 2025

© AdN Editorial (Grupo Anaya, S.A.), 2025

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.AdNovelas.com



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

ISBN: 978-84-10138-98-8

Depósito legal: M. 4988-2025

Printed in Spain

Till min farfar

A los ausentes

Virginie P.

Vincent L.

Jean-Michel T.

Gracias a Oan Kim

Yo he visto cosas que vosotros no creeríais.
Atacar naves en llamas más allá de Orión. He visto
rayos C brillar en la oscuridad cerca de la Puerta de
Tannhäuser. Todos esos momentos se perderán en el
tiempo, como lágrimas en la lluvia. Es hora de morir.
«Monólogo de las lágrimas en la lluvia», ROY BATTY
(interpretado por Rutger Hauer), *Blade Runner*

Los hombres son como las mujeres,
a veces también lloran, pero solo cuando
están intentando montar un mueble.

RITA RUDNER

Mi ambición de matemático, toda mi vida,
o más bien mi pasión y mi alegría, ha sido
encontrar siempre las cosas evidentes.

ALEXANDER GROTHENDIECK

Scrotum y Stramentum

Llueve muchísimo. Y desde hace mucho. Aguaceros irreversibles que parecen salir de todas partes, día y noche. A veces una tregua deja entrever un trozo del cielo de antes, de un azul lavado, pero enseguida lo oscurecen olas de cumulonimbos. Desde hace dos años, el tiempo se ha ido empapando gradualmente y ha transformado esta ciudad de ladrillos secos en un valle drenado por un régimen de lluvias. Tan pronto son tormentas bruscas y violentas las que despeinan los tejados como chaparrones largos y pacientes que desgastan los árboles e inflan los ríos. El castigo de las aguas depura las calles, sobrecarga las estructuras y habita nuestra vida.

Estoy en casa, frente a la ventana de mi despacho, y miro las borrascas que empujan los árboles. Hacía años que no sentía tanta calma en el fondo de mi ser. Sé que estos instantes son valiosos porque no volverán hasta dentro de mucho. Después de lo que he hecho, y es algo que apenas me sorprende, no siento ni remordimiento ni angustia. A pesar del diluvio, estoy tranquilo, como un hombre cansado al final de la jor-

nada. Sé que pronto vendrán a buscarme para interrogarme. Estoy aquí, listo para decir lo que sea. No le temo a nada de lo que está por venir. Espero y aprovecho con humildad esta lluvia robusta y tenaz que cala nuestra vida.

Sí, miro y espero. No tengo otra cosa que hacer. Miro el cielo de este amanecer lloroso, pienso en esta casa que todo lo sabe, en estas paredes que todo lo han visto, en todas estas cosas familiares que me rodean y que lo han oído todo durante tantos años. Pero no me serán de ninguna ayuda. No dirán nada, no testificarán. Se quedarán donde están, me dejarán a mí la tarea de enfrentarme a estas horas y a estos días y noches que me aguardan. A esas preguntas inútiles, a esos interrogantes fuera de lugar. Defenderse nunca es fácil cuando uno está solo e ignora el remordimiento. En cierto modo, soy indefendible y, de aquí en adelante, estoy perpetuamente condenado a cargar con el cadáver mancillado de mi ancestro. Y da igual que el viejo fuese un diablo.

Espero a que vengan a buscarme.

Mi padre, Thomas Lanski, murió hace dos semanas en el Hospital General de Montreal a los ochenta y dos años. Mudo, paralizado, pasó el último año de su vida en esa institución. Tras el fallecimiento, conservaron su cuerpo durante seis días en el depósito del centro. Cuando recibí la notificación oficial, cogí un avión a Canadá para repatriar su cadáver y solventar los trámites administrativos en el consulado de Francia en Montreal. La semana pasada, él en la bodega y

yo en cabina, embarcamos en el vuelo AF349 de Air France con destino París. Cuarenta y ocho horas más tarde, tras desembarcar en el aeropuerto de Toulouse y transferir el cuerpo de mi padre durante la noche, lo depositaron en una morgue de las afueras, situada en un antiguo matadero rehabilitado, cerca de uno de los hospitales universitarios de la ciudad.

En el vuelo de Montreal a París, una señora que iba sentada a mi lado murió durante el trayecto. Al despertar de la penumbra climatizada de un sueño que parecía tranquilo, giró la cabeza hacia mí como si intentara asir una idea que se le escapaba, luego se inclinó despacio hacia delante y fin. El personal de a bordo nos informó de que el vuelo tendría que desviarse de su trayectoria y hacer una escala técnica para aterrizar, en mitad de la noche, en Shannon, en el condado de Clare, Irlanda. No especificaron el motivo, pero insistieron en que todo el mundo permaneciese en su asiento.

Allí fue donde desembarcaron el cuerpo en una camilla. Las luces de sodio de la rampa resaltaban la silueta de los hombres que se afanaban alrededor de la ambulancia con las puertas abiertas de par en par. Colocaban sus accesorios con calma, igual que los albañiles cuando recogen al final de la jornada. En aquel momento, pensé en la familia de la pasajera, que, a aquellas horas, acurrucada en el hueco de otro huso horario, seguía durmiendo en la quietud de la ignorancia.

El hecho de que haya frecuentado a más muertos que vivos a lo largo de mi vida contribuyó sin duda a

que aquel suceso, bastante poco habitual en un vuelo de línea, no me sorprendiera ni me afectara en exceso. Estoy seguro de que a Thomas, en la bodega, debió de divertirle la situación al ver a su hijo inútil casi co-deándose de nuevo con un cuerpo sin vida. En nuestra familia, y en Stramentum, la empresa que regentamos, podría decirse que la muerte es sin duda alguna nuestra musa, nuestra accionista principal, y que yo soy el insulso heredero de esta firma macabra y, muy probablemente, también el sucesor de la oscura genética que la inspira.

Me explicaré con más detalle a este respecto.

Mientras espero a quienes han de venir, escucho con atención el ruido regular del agua cayendo por los canalones, respiro el petricor, ese olor frío, orgánico, de la lluvia mezclándose con la tierra, y veo pasar las horas, que también transcurren con lentitud. A veces pienso que no valgo mucho más que mi padre, ese tal Thomas Lanski. Si es que ese infame apellido era de verdad el suyo.

Han llegado hace un rato, alrededor de las seis y cuarto. Tres hombres empapados, manchados por la lluvia. Rostros intercambiables. Se han presentado y, después de verificar mi identidad, me han comunicado mi detención preventiva antes de pedirme que los siguiera.

Meto algunas cosas en una bolsa de viaje pequeña. Ignoro por completo la duración y el itinerario de lo que me aguarda. Tendré que atravesar muchísimos re-

tazos de memoria, recorrer muchos años. Repasar la vida, responder de ella, es una expedición incierta, peligrosa y lejana.

Antes de subirme al coche de mis guardianes, miro la casa y, en este instante, sé que ella también me observa. Me murmura la frase que me dijo la segunda mujer de mi padre al final de su vida: «Solo hay dos fechas importantes en una vida. La de tu nacimiento y la de tu muerte».

La claridad del día no es como la de antes. Bajo el peso de las nubes de tormenta, con el paso de los meses, la luz ha ido disminuyendo. Algunos días hay que encender las luces en casa poco después de mediodía. La humedad habita en cada uno de nosotros, nos pesa en el pecho, y una atmósfera mohosa impregna el aire que respiramos.

Los neumáticos del coche, que avanza a buen ritmo por las calles empapadas, hacen estallar los charcos en géiseres de agua. Dentro nadie habla y solo la radio desgrana de vez en cuando mensajes de patrulla que se desintegran en la indiferencia de los funcionarios.

Un olor a tela mohosa tapiza los pasillos reglamentarios de la comisaría de policía.

Estoy sentado delante de una mesa administrativa de contrachapado malo que ha renunciado hace mucho a intentar dar el pego.

Frente a mí, un hombre vacilante se expresa a tropicones. Se ha presentado. Como una sombra. Su

voz ronca fabrica palabras que el tipo parece extirparse a duras penas de la garganta. No hace tanto que era aún joven. Ahora, su rostro presenta ya huellas fugaces de cansancio y renuncia. A la espalda del inspector hay una puerta de cristal, opaca y traslúcida, con una placa negra grabada que revela la naturaleza de nuestro encuentro: INTERROGATORIOS, SALA N.º 1.

El hombre tiene los ojos subrayados por unas ojeras oscuras, ojos de minero que emerge del fondo. Archivar a diario las actas del daño de los hombres tiene sus consecuencias. El azar nos ha puesto frente a frente en lo que yo llamaría una intimidad procesal. Nuestros roles están claros de antemano. Yo debo hablar; él, transcribir.

Primero, los hechos, claro. Los que han motivado la detención preventiva. Empecemos por ahí. El resto, es decir, lo esencial, ya se verá.

Me llamo Paul Sorensen. Por razones que ignoro y que nadie ha sido capaz de explicarme nunca, me inscribieron en el registro civil con el apellido de mi madre biológica, Marta Sorensen, fallecida en el parto, llevándose consigo a mi hermano mellizo, el 20 de febrero de 1980, a las 21.30. Aquella noche, mi padre no estaba. Según parece, estaba cenando en el centro. No se enteró de la muerte de su mujer y de uno de sus hijos hasta el día siguiente, antes de confiar el cuidado del superviviente a un pariente y marcharse acto seguido dos semanas de vacaciones al sur de Italia. Cincuenta y un años después, este hombre murió igual que nací yo, solo, en el hospital de Montreal.

En la noche de ayer, 17 de marzo de 2031, en torno a las once de la noche, me dirigí a la morgue que me veo obligado a frecuentar ocasionalmente por motivos profesionales. A pesar de la incongruencia del horario, le pedí a uno de los encargados que estaban de guardia que me condujera hasta los restos de Thomas Lanski, mi padre. El hombre, que me reconoció, no puso ningún inconveniente. Y, cuando le revelé el objeto de mi visita, depositar el cuerpo de mi progenitor en una de las bolsas mortuorias que fabricamos en Stramentum, incluso me ofreció su ayuda para deslizar el cadáver congelado de Lanski en su nueva *body bag* familiar. Cuando se hubo completado la transferencia y el cuerpo estuvo de nuevo en su cámara de conservación, se retiró y me dejó recogerme ante Lanski. Utilizo su apellido deliberadamente, ese nombre mancillado, porque me resulta muy difícil pronunciar la palabra *padre* para referirme a él. Lo que voy a contar ahora parece algo muy aparatoso. Pero no. Las cosas discurren de forma natural, casi con calma, se encadenan con una quietud mental alimentada por un odio sereno, una brutalidad legítima incubada desde la infancia. He bajado la cremallera de nuestro modelo 3277 de Stramentum hasta que el cuerpo desnudo y viejo de Lanski ha quedado de nuevo al aire. He mirado las carnes añejas, arrugadas, de donde sobresalían algunos huesos. Su sexo reposaba en semicírculo sobre uno de los muslos. De los huevos, tragados por la entrepierna, no quedaba rastro. Sin embargo, mi hermano nacido muerto y yo veníamos

de ahí. He mirado ese bajo vientre, ese canal conjuntivo que nos propulsó a la vida, ese apéndice marchito que un día se empeñó en crear lo que luego destruiría, una vida de familia.

El inspector me pide que le conceda un momento. Acto seguido, se levanta y abandona la sala. Este hombre quizás sea demasiado joven para entender este tipo de cosas. El olor de la comisaría es tan fuerte que me acaba dejando una especie de regusto en la boca que evoca los vapores de un velo criptogámico. El policía vuelve y deja dos vasos de agua sobre la mesa. Reajusta la cámara que graba mi declaración y me pide que repita que declino mi derecho a la presencia y la asistencia de un abogado.

Prosigo. Ahora, vuelvo a subir el cierre de modo que solo el rostro de mi padre asome del envoltorio familiar. Me meto la mano en el bolsillo, armo la pistola que he comprado unas horas antes, apunto el cañón hasta casi posarlo sobre la piel y disparo dos balas. El primer proyectil atraviesa el hueso frontal de la cavidad craneal; el otro, descargado en diagonal, rompe el esfenoides y luego se hunde en el fango cerebeloso y nauseabundo donde se pudren los archivos y las fechorías de toda una vida. Dos disparos, dos chasquidos que resuenan en el ambiente glacial y metálico de las cámaras mortuorias. He estudiado las consecuencias del tiro en el rostro de Lanski. No han sido muy espectaculares. Dos agujeros, un poco de sangre muerta refrigerada y nada más. He limpiado una pe-

queña salpicadura que manchaba un lado de nuestro 3277. Después he subido la cremallera y, con un gesto carente de remordimiento, he vuelto a sumir a Lanski en sus tinieblas entre bastidores. He pensado mucho en mi hermano y luego, sin encontrarme con nadie, he abandonado el depósito cruzando el largo pasillo por donde había llegado.

He ahí los hechos. Soy yo, su hijo Paul, quien, esta noche, ha matado a Lanski. Quince días después de su muerte.

Lo que nunca podré contarle al interrogador es que un rato antes, en esa misma morgue, oculta en la penumbra, he visto la silueta de mi hermano. Había vuelto por mí, para estar a mi lado. Su presencia estaba en cada cosa, en cada instante. No ha mirado siquiera a nuestro padre, pero sus ojos, que yo llevaba toda la vida buscando, relucían y me repetían: «Si no lo hubieses hecho tú, lo habría hecho yo». ¿Quién va a creer algo así?

El hombre aún joven me mira con profesionalidad, esforzándose por no dejar traslucir la mínima emoción. Pero no puede evitar bajar los ojos a veces.

Seamos quienes seamos, sea cual sea nuestro lugar en este mundo, llevamos dentro de nosotros demasiadas cosas dolorosas o deshonrosas. En silencio, nos avergüenzan y, un día, nos traicionan.

El rostro del interrogador se cubre ahora con un velo de vergüenza. Su certeza ha sido breve y me doy cuenta de que no sabe qué pensar de lo mío. Sin duda es la primera vez en su vida que toma una declaración como esta. Estamos sentados frente a frente, podría-

mos tocarnos. Intento contestar a sus preguntas con lealtad, pero mi relato es demasiado frontal, está claro. Le digo que necesitaría mucho tiempo y muchos matices para hacerle justicia a esta historia. Poner algo de orden dentro de mí, clasificar la vergüenza y el dolor de los recuerdos. Empezando por la intimidad del desastre original. El de un niño nacido de una madre muerta.

El interrogador me hace repetir esta frase. Adivino que le sorprende, le hace sentirse, una vez más, incómodo. La transcribe con fidelidad sin lograr disimular cierto apuro.

Continúo. Cuando entramos en el paritorio aquella noche, éramos tres. Íntimamente ligados por el corazón y la sangre. Marta Sorensen —mi madre—, mi hermano mellizo y yo. Vivíamos de las mismas aguas y, en cuestión de minutos, la desgracia nos deshuesó. Yo fui el único que sobrevivió. Amputado de mi familia, tuve que aprender a querer a una segunda madre, a soportar la locura, la perversión y los arrebatos de un padre malvado. El mismo al que acabo de matar después de muerto. Llegado el momento, volveré sobre este gesto extraño, así como sobre la jurisprudencia que lo ilustra. Hasta donde yo recuerdo, este padre siempre fue un ser desequilibrado, peligroso, perverso, permanentemente irrigado por un flujo maligno. En este universo invertido, mi solo y único proyecto fue crecer contra él.

En este momento, observo que al interrogador le cuesta concebir que se pueda crecer «contra» alguien,

sobre todo si es un progenitor. Pero ¿cómo va a saber que, por mi sexto cumpleaños, este hombre me regaló un canario al que acababa de arrancarle la cabeza con los dientes?

Lo que voy a decir ahora puede parecer singular, sin relación directa con lo de antes, pero refleja la arquitectura, el tejido profundo de mi realidad: en este redil familiar, desde el inicio de mi existencia, sentí erróneamente que la muerte caminaría siempre a mi lado, me demostraría una indulgencia distante, velaría por mí a su manera e incluso llegaría, más tarde, a cubrir mis necesidades ofreciéndome un trabajo cuando menos singular y cierto confort financiero. Las primeras palabras de mi padre respecto a mí fueron: «Estás marcado por la muerte. Tendrás que aprender a vivir toda tu vida con ella».

Esta última precisión tranquiliza al interrogador, aunque su comprensión general del asunto, lejos de mejorar, parece más bien deshilacharse a medida que avanza nuestra conversación.

Nadie puede pretender contar la historia de su nacimiento. Sin embargo, yo recuerdo, digamos, lo esencial. No sabría decir por qué canal de registro se grabaron en mí estos momentos. La memoria no tiene nada que ver, lógicamente. Es otra cosa. Una captura de sensaciones, un miedo terrible, un frío glacial y, sin duda, el descubrimiento de una pena primaria, un dolor animal, un desasosiego arcaico. Como si la carne y los huesos hubiesen hecho el trabajo de archivo.

Como si hubiesen clasificado cada momento, cada molécula. Y en el aire, ese vacío, esa soledad glacial, ese sabor árido de la sangre del nacimiento.

Cada uno de mis cumpleaños conmemora la muerte de Marta y de mi hermano. El origen de las lágrimas está ahí, al fondo del vientre de mi madre. Ese vientre del que nunca debería haber salido. Ese vientre que tendría que haberme enterrado junto a mi hermano. Ese vientre que me expulsó en el último momento a la vida sin que yo lo pidiera ni supiera por qué. El aire entró en mis pulmones por primera vez en el mismo momento en que dejó de latirles el corazón.

Nunca hablo de estas cosas. Son las circunstancias del interrogatorio las que me llevan a reconocer lo que soy: tengo la inconcebible convicción de haber estado presente aquella noche, de pie, en un rincón del paritorio, ya viejo, testigo roto y petrificado de mi advenimiento, escrutando los últimos momentos de un trato odioso, del intercambio absurdo que estaba produciéndose en aquella maternidad, delante de mí: dos muertos por mi vida. Yo soy el fruto de aquel precio a pagar. Sé lo que digo. Conozco el origen de las lágrimas.

El interrogador se bloquea en esa frase, hace una pausa, se tensa. Su rostro se crispa en un rictus fugaz, evocando el escalofrío de un hombre entrando en agua fría. Aleja los dedos despacio del teclado, como si el mero contacto le resultara de pronto desagradable. Busca una salida para disimular esta incomodi-

dad. Se recompone y me pide que le confirme que en efecto he dicho que conozco «el origen de las lágrimas», incluso si, según él, esta curiosa afirmación no tiene nada que ver con los hechos que preceden aquello y mucho menos con el asunto que nos ocupa.

No contesto. Siento, sencillamente, que me corresponde imponer y definir los contornos del silencio y de las palabras que nos encierran en este cuarto. Necesito que a este joven le entre en la cabeza que *yo no he matado a nadie*.

Fuera, la luminosidad declina y los aguaceros azotados por las borrascas zarandean las cristaleras. Después de años de sequía, de aridez y de calores abrasadores que hacían crujir los cuerpos y las cortezas, se instaló la lluvia. Se filtra en nosotros, nos cambia la vida y nadie sabe por qué. Me obsesiona. Me atormentan estas aguas. Desde hace varios años, vivimos así, bajo regímenes absurdos de brutales balancines meteorológicos. Desde hace dos años, a distintos grados, el río recorre las tierras, se desborda en nuestra existencia y, pacientemente, invade todo lo que puede.

Miro a mi interlocutor a la cara. Aparte del sesenta y cinco por ciento de agua que irriga su cuerpo, trato de adivinar lo que hay dentro de este hombre. Y no encuentro nada muy diferente de la mecánica de fluidos que me mueve a mí. Estamos sentados frente a frente, como animales domesticados, sin una animosidad real, conscientes en el fondo de que estamos más o menos condenados a entendernos. Una especie de pareja ocasional corriente.

Al pensar en la longitud de mi tarea, siento un cansancio vertiginoso y pido que hagamos un descanso.

Si el funcionario pudiera leerme el pensamiento, sin duda me contestaría que su trabajo es hacer un interrogatorio, no tener una conversación, y que, desde un punto de vista jurídico, nada justifica que se le pueda quitar la vida a un cadáver. Entonces yo posaría la mirada sobre sus ojos de minero cansado y me limitaría a decir: «Pues claro que sí».

El origen de las lágrimas

Venganza, secretos y redención: una comedia negra que transforma el dolor en una historia inolvidable.

Paul ha hecho algo irreparable: ha matado a su padre. Solo que, cuando se decidió a perpetrar el acto, Thomas Lanski ya había muerto..., de muerte natural. Hará falta nada más y nada menos que un año de terapia obligatoria para desentrañar las circunstancias que condujeron a Paul a cometer este parricidio del que no es el verdadero autor.

El origen de las lágrimas es el relato que Paul confía a su psiquiatra: la historia de un hombre herido que profesa un odio obsesivo a su progenitor por haber hecho sufrir a su esposa y a su hijo durante toda la vida. El aprendizaje de la venganza, en cierto modo.

Con una mezcla de humor y de melancolía, esta novela puede leerse como una comedia negra o como un drama burlesco. O las dos cosas a la vez.

AdN

3655086

ISBN 978-84-10138-98-8

